

✠ Imagen del Mes de Junio ✠



**SAN PELAYO, MÁRTIR
Y SU URNA FUNERARIA**

**REAL MONASTERIO DE SAN PELAYO
MONJAS BENEDICTINAS, OVIEDO**

Introducción: Memoria Histórica

La memoria histórica es un concepto que abarca no sólo el pasado próximo sino también el remoto, no sólo los desagradables acontecimientos cercanos en el tiempo sino también las gestas heroicas de nuestros antepasados, que podrían convertirse en un símbolo de unión para todos los que actualmente vivimos en España y la amamos.

Aprender del pasado, re-cordarlo y re-vivirlo, es fundamental para no errar un presente en el que solapadamente también se pretende invadir e imponer criterios contra los que ya hace bastantes siglos lucharon con valentía nuestros antepasados que eran cristianos, sin la menor duda posible; gracias a ellos en la actualidad vivimos en un país occidental; quizás sin la Reconquista también Europa podría hoy ser islámica.

San Pelayo puede ayudarnos a re-cordar que la vida de los *cristianos mozárabes* no fue fácil, que no hubo con ellos tolerancia sino opresión de todo tipo, comenzando por la fiscal. Para confirmar esto sólo hace falta traer a la memoria el cruento "*día de la Hoya*", en el que fueron martirizados *cinco mil cristianos mozárabes* en Toledo. En la Córdoba Califal del siglo X, en la que este Santo vivió encarcelado tres años y medio, se dictaron condenas martiriales con mucha frecuencia, una de ellas la suya.

Por el contrario, no se conocen *mártires mudéjares*. En el Fuero de Teruel, otorgado en el año 1176, se consideró a estos *musulmanes mudéjares* libres, pudiendo convivir con los cristianos en paridad de derechos sociales. Desgraciadamente los invasores no trataron con tanta benevolencia a los *cristianos mozárabes*.

Es evidente que hubo *tolerancia* en aquellos oscuros y difíciles siglos de la Reconquista y también de qué lado estuvo; esto sería saludable re-cordarlo.

Relatos sobre la vida de San Pelayo

Para conocer la figura de San Pelayo nos han quedado dos antiguos relatos muy cercanos a él, redactados bajo la impresión de su muerte; son las fuentes que permiten recomponer con fiabilidad los rasgos esenciales de su biografía. Ambos relatos proceden del vivo recuerdo de los hechos que guardaban los cristianos mozárabes que habitaban en Córdoba durante el siglo X.

✚ La primera de estas hagiografías fue escrita por un presbítero cordobés, llamado Raguel. Éste quizás no estuviera presente cuando lo martirizaron, pero recogió declaraciones de testigos presenciales, con los que compuso hacia el año 960, es decir, treinta y cinco años después de los sucesos, la primera "Pasión" de San Pelayo. La fecha de redacción es anterior al traslado de las reliquias a León en el año 967, de modo que sus restos aún permanecían en Córdoba. Esta "Pasión" ha llegado hasta nosotros en cuatro antiquísimos manuscritos, algunos muy próximos al original.

- ✚ Del siglo X tenemos otra biografía, escrita hacia el año 980, dependiente también de la tradición cordobesa, aunque por distinto camino. Se trata del poema épico *Passio Sancti Pelagii Martyris*, escrito en hexámetros latinos, por Roswita, monja del Monasterio de Gandersheim (Baja Sajonia). Ésta manifiesta que los hechos sobre los que versa su escrito le fueron referidos por un cordobés, quizás un comerciante o un diplomático, de los que con frecuencia viajaban hasta Alemania. Aunque incide en ciertos errores, como el de considerar que los moros eran paganos o confundir la edad del Santo, afirmando que se quedó como rehén de su padre, sin embargo deja constancia de la difusión y el interés que este mártir despertó.
- ✚ Una tercera fuente podría ser una Misa mozárabe, que probablemente fue redactada en León alrededor del año 967, para celebrar la llegada de las reliquias del santo mártir.

Primeros años de San Pelayo

En las fuentes antes citadas no consta explícitamente el *año de su nacimiento*, pero se puede deducir por la fecha en que se considera que fue martirizado: *el día 26 de junio del año 925*, teniendo entonces trece años, por lo cual debió nacer hacia el año 912.

En cuanto al *lugar de su nacimiento* tampoco se sabe con exactitud, pero la opinión más aceptada considera que nació en Albeos, pequeña feligresía de la diócesis de Tuy, provincia de Pontevedra. La *Passio* de Raguei lo presenta como oriundo de Galicia, pero tal designación es muy confusa, pues desde Córdoba ese nombre indicaba de modo genérico las tierras del Norte de la Península, y educado entre delicadezas y opulencia. Su cercano parentesco con clérigos y su sólida formación cristiana son signo evidente de que había recibido una esmerada formación religiosa, que duró hasta que contaba diez años.

Tampoco se conocen los nombres de los padres de Pelayo ni su posición social y económica. Probablemente perteneciese a una familia nobiliaria, destacada por su religiosidad y sus amplias posesiones. Nausti, el tío de su padre, fue Obispo y colaborador de Alfonso III el Magno, a quién acompañó en la consagración del “conventín” de Valdediós. Hermogio, hermano de su padre, fue Obispo de Oporto hasta el año 915 y después de Tuy, hasta su renuncia en los años 925/926.

Fue bautizado con el nombre latino de *Pelagius*, del que deriva el nombre castellano Pelayo. El análisis etimológico del mismo relaciona su significado con el mar o el océano. Era éste un nombre muy común en la tardía antigüedad y en la Edad Media; entre los personajes importantes que lo llevaron brilla con luz propia Don Pelayo, el

caudillo vencedor de los musulmanes en la batalla de Covadonga, año 722. Esta famosa batalla fue el comienzo de la Reconquista.

Breve historia de su cautiverio y muerte martirial

De todos sus parientes, el único que tuvo un influjo decisivo en su vida fue su tío paterno *Hermogio*, antes citado. Éste parece que dirigió su primera educación; luego el niño le substituyó como rehén en la cárcel de Córdoba y más tarde, tras conocer el martirio de su sobrino, renunció a la mitra y entró en la vida monástica, quizás por el remordimiento del trágico abandono entre islámicos, en que había dejado a Pelayo.

Cuando los musulmanes fueron derrotados en San Esteban de Gormaz en el año 917, el califa Abderramán III se propuso vengar aquella humillación y para ello en el año 920 avanzó hacia el Norte con numerosas tropas, con las que dio una gran batalla en Valdejunquera el 26 de julio de ese mismo año, en la que los ejércitos cristianos sufrieron una gran derrota con elevado número de muertos y prisioneros. Entre éstos se encontraba Hermogio, el tío de Pelayo, y Dulcidio, Obispo de Salamanca; ambos fueron llevados como cautivos a Córdoba, donde les propusieron la liberación a cambio de un fuerte rescate. Hermogio envió mensajeros a sus tierras para que consiguiesen el dinero que los musulmanes exigían para su liberación. Algún tiempo después y para tratar de la misma, llegó a Córdoba el padre de Pelayo acompañado de su hijo.

Al no poder cumplir totalmente las condiciones impuestas por los invasores, decidieron de forma arbitraria que el tío y el padre regresasen a sus tierras para complementar las exigencias del rescate, pero como garantía tenía que quedarse un familiar cercano. Entre todos acuerdan que lo más conveniente es que Pelayo se quede como rehén, con la intención de rescatarle muy pronto. Este acontecimiento puede datarse en torno a los años 921 o 922, en los que el niño contaba unos diez años.

En la cárcel, donde transcurren los años finales de su infancia y el comienzo de su adolescencia, se va fraguando su personalidad moral, que le convierte en un atractivo muchacho, lleno de gracia y hermosura.

Tres años y medio pasó en la cárcel, esperando un rescate que nunca llegó.

La Córdoba califal era una ciudad rica, con soberbios palacios y maravillosos jardines, pero llena de corrupción moral. Era frecuente y aceptada la homosexualidad masculina, mediante la cual muchos varones jóvenes y hermosos se libraban de la cárcel y conseguían un elevado puesto en la escala social, entregándose al placer de los poderosos.

También resultaba muy rentable renunciar a la fe cristiana para convertirse al Islam, lo cual abría un camino de ascenso social. El abandonar la fe se convertía así en una fuerte tentación para presos y esclavos. Pelayo llevaba tres años y medio sufriendo penalidades, cuando por diversas circunstancias llegó a oídos de Abderramán III información sobre la belleza del prisionero. Raguel transcribe en su Passio la exhortación, que ciertamente parece exagerada en exceso y propia de la imaginación oriental, con la que el sultán intenta disponerlo para que se avenga a sus deseos:

“Muchacho te encumbraré con grandes honores, si negando a Cristo, reconocieses a Mahoma como verdadero profeta. Ya ves cuánta es la grandeza y opulencia de mi reino. Yo te colmaré de riquezas, oro, plata, vestidos y joyas. Tú escogerás a quien mejor te parezca de mi casa para que te sirva. Te daré casas en que habites, caballos para pasearte y placeres para que te deleites. Además sacaré de la cárcel a los que tú pidas; y si quieres llamaré a tus padres a este país donde serán colmados de honores.”

Pelayo sintió un profundo rechazo hacia aquellas propuestas de renunciar a su fe y ponerse a disposición de los deseos de Abderramán y le respondió en estos términos:

“¡Oh Rey!, tú eres muy poderoso, pero todo eso que me prometes no es nada. Yo soy cristiano: lo he sido y lo seguiré siendo como hasta ahora. Todo lo que tú me puedes ofrecer se acaba y desaparece un día, pero Jesucristo, mi Dios y Señor, a quien yo adoro, que creó todas las cosas y las tiene en Su mano, es eterno y no tiene fin.”

Evidentemente el orgullo ultrajado del mahometano fue la sentencia de muerte martirial para Pelayo. Cuando los torturadores lo creían doblegado por el tormento, se quedaron sorprendidos por la constancia con que seguía repitiendo:

“Soy y seré cristiano y moriré como tal”

Lo mataron el 26 de junio de 925, domingo. El lugar de su muerte fue el llamado *Campo de los Mártires*, junto al río Guadalquivir. En este mismo sitio derramaron su sangre al menos 47 de los 80 mártires cordobeses. Su cuerpo destrozado fue lanzado al Guadalquivir. Algunos cristianos mozárabes acudieron luego a buscar sus restos mortales y con discreción los enterraron en la Iglesia de San Ginés de Córdoba. Posteriormente apareció su cabeza y la depositaron en la Iglesia de San Cipriano.

La comunidad mozárabe conservó tenazmente el recuerdo de su cautiverio, de su fortaleza y de su piedad. Para ellos constituía un ejemplo sublime y un gran estímulo para continuar manteniendo la fe cristiana en tiempos tan enormemente difíciles, siempre sometidos a la opresión del Islam.

Finalmente las reliquias de San Pelayo llegan a Oviedo

Los restos mortales de San Pelayo continuaron algunos años en los dos templos cordobeses, antes citados, pero la noticia de su martirio, difundida con admiración en los reinos cristianos, hizo que surgiese el deseo firme de conseguir sus reliquias. Las gestiones para alcanzar este objetivo fueron iniciadas por Sancho el Craso, que en el año 959 acudió a Córdoba para que los médicos del califa le curasen de la obesidad que padecía. Allí conoció la existencia de San Pelayo y el culto que se le dedicaba.

Al año siguiente ya sano, regresó a León, donde según cuenta el cronista Sampiro *“tuvo conversaciones con su hermana Elvira y con la reina Teresa, con objeto de enviar mensajeros a Córdoba para que pidiesen el cuerpo del mártir San Pelayo. El cual había sufrido martirio en tiempos del Rey Ordoño, bajo el reinado de Abderramán, rey de los árabes.”* Envió entonces el Rey cristiano una embajada a Córdoba para conseguir, entre otras cosas, la entrega del cuerpo del santo. En esta época ya había fallecido Abderramán III y le había sucedido su hijo Alhakén II, que les concedió a los cristianos lo que le pedían.

En el año 967, cuando regresó la embajada con las reliquias solicitadas, el Rey Sancho ya había muerto el año anterior y le había sucedido su hijo Ramiro III, que en unión de la Reina viuda Teresa y de la infanta Elvira, acompañado de numerosos Obispos y magnates del reino, recibió solemnemente las reliquias de San Pelayo y las hizo depositar en el Monasterio de monjas, que su padre había mandado edificar con este fin. La Reina viuda Teresa entró en este Monasterio, de donde fue Abadesa y allí vivió hasta que en tiempos del Rey Bermudo el Gotoso, los ejércitos de Almanzor amenazaron León. Muchos habitantes de la ciudad huyeron a las montañas de Asturias, considerado un lugar seguro, y se llevaron las cosas por las que sentían mayor aprecio. Entre estos fugitivos se hallaba también la Abadesa Teresa con un grupo de monjas de su Monasterio. Con ellas llevaban las reliquias del santo adolescente. Cuando llegaron a Oviedo, el lugar más adecuado que pudieron ofrecerles las autoridades para residir allí fue el Monasterio de San Juan Bautista, donde fueron acogidas.

Las reliquias de San Pelayo fueron depositadas en una hermosa capilla levantada al efecto en el claustro contiguo de la iglesia. Entonces el monasterio comenzó a llamarse de San Juan Bautista y de San Pelayo. Con el tiempo, la popularidad y devoción hacia este santo hizo que acabase siendo conocido sólo como Monasterio de San Pelayo.

Las reliquias, trasladadas después al altar mayor del templo monástico, cumplieron en el año 2000, su primer milenio en Oviedo.



Urna funeraria que contiene las reliquias de **San Pelayo**, **Mártir**.

Altar Mayor del Monasterio de San Pelayo.

Obra del artista asturiano **Félix Granda**, siglo XX



Real Monasterio de San Pelayo

Monjas Benedictinas. Oviedo.

www.monasteriosanpelayo.com

Imagen de San Pelayo

Obra del monje benedictino de la Abadía de Montserrat, P. Benito Martínez, siglo XX.

En este óleo podemos señalar cuatro símbolos:

- 🌿 **La túnica blanca.** En el Apocalipsis el *blanco* es el color del vestido de los que “han salido de la gran tribulación, han lavado su ropa y la han *blanqueado* con la sangre del Cordero.”
- 🌿 **La capa azul.** El *azul* y el *blanco* son colores marianos, que expresan el desapego frente a los valores de este mundo y el vuelo del alma liberada hacia Dios, es decir, hacia el oro que vendrá al encuentro del *blanco* virginal durante su ascensión en el *azul* celeste.
- 🌿 **En su mano izquierda la corona de laurel,** símbolo de la victoria en el combate de la vida y del premio de la inmortalidad. Los ganadores de las Olimpiadas en el Hélade eran coronados de laurel.
- 🌿 **En su mano derecha, la palma,** símbolo del martirio.

www.vacarparacon-siderar.es